

» mitiré tal vez porque no digas que te lo niego to-
» do, y le daré esa dignidad á mi hijo D. Francisco
» Antonio como tú mismo habias querido en un
» principio. Tú debes conocer que ahora no es tiem-
» po todavia. Es menester que reflexiones y que me-
» dites altamente la situacion en que nos vemos. El
» público no sabe nada cierto de las grandes culpas
» que tengo perdonadas á mi hijo. Si yo mandase
» publicarlas (tú mismo me lo has dicho), seria
» amargarle y exponernos á perder el fruto del per-
» don tan generoso que le he dado. Júntase á es-
» to, como ahora poco te decia, que sin correr
» el riesgo de una guerra con la Francia, no po-
» dria publicarse cosa alguna que tuviese relacion
» con los manejos criminales del embajador Beau-
» harnais. De esta manera, la piedad por una par-
» te, y la política por otra, me hacen poner un ve-
» lo sobre los yerros de Fernando, no enteramen-
» te sin peligro de que sea desconocida la verdad
» de los sucesos, y que á mí mismo me calumnien
» de que oprimí á mi hijo injustamente, y á tí de
» que tú fuiste la ocasion ó el instrumento. Aun los
» mas cuerdos lo dirian, si yo disminuyese (ó asi lo
» pareciera, que es lo mismo) la confianza que te he
» dado tanto tiempo. Déjame ver, déjame obrar,
» déjame un poco espacio para que fije mis ideas:
» hagamos todavia una prueba, y voy á mandar lla-
» marle.»

No queria yo que se pusiera en esta prueba al

príncipe de Asturias. «Podrá pensar, dije yo al rey, » que me he quejado de su alteza, y que he intentado indisponerle; podrá creer que se le humilla, » que se le trae á dar cuenta de sus pensamientos » estando yo presente; ¡ por Dios, señor! no sea que » se susciten en su ánimo mayores prevenciones para odiarme.... » No me dejó acabar S. M. y dió la orden de llamarle. Era genial en Cárlos IV esta sinceridad y esta vehemencia de voluntad y de carácter cuando tenia una idea que le punzase.

El príncipe llegó con buen semblante, y con aquel agrado, sino era verdadero, muy parecido á la verdad, que me mostraba aquellos días. Dijole el rey: «Fernando mio, yo te he llamado porque Manuel se quiere retirar de todos los negocios que » estan puestos á su cargo. Toda su ánsia es de quitar pretextos y ocasiones á sus contrarios y rivales, » á fin de que no logren perturbar la paz que tanto » nos conviene en todos tiempos, y al presente mas » que nunca. Yo estoy cierto de tí; me has dado » muchas pruebas estos dias de tu sincera vuelta al » seno de tus padres y de tu horror á los malvados » que consiguieron engañarte. Quiero que tengas » una prueba de que se fia de tí tu padre, y preguntarte estas dos cosas; la primera, si piensas tú » que esté ya hundida enteramente y acallada esa » faccion que se jactaba de tenerte á su cabeza, y » que cual tú me has dicho, hacia ya largo tiempo » que trabajaba en dividirnos y en atentar á mi go-

» bierno: la segunda, si será un medio conveniente,
» en tu manera de pensar, para acabar de desarmar-
» la, que á Manuel le deje irse.»

« ¡ Padre mio! padre mio! » dijo Fernando, tirando una mirada sobre mí, la mas graciosa y mas benigna que cabia en sus ojos; « el que me ha vuelto á vuestra gracia cuando me hallaba tan ageno de lograrla, no debe nunca separarse de nosotros; » y el príncipe se acerca y me ase de una mano, sus lágrimas se muestran, y con la voz entrecortada sigue diciendo á Cárlos IV: « He visto el precipicio en donde habia caido, y he conocido ya las redes que me estaban puestas; nadie podrá salvarnos sino el mismo que tantos años nos ha librado de las garras de la Francia, y ha contenido á los perversos sin mas que su prudencia: no hay que temer á ese partido; ¿quién son ellos, ni quién pudiera sostenerlos en medio de nosotros, unido yo como lo estoy con V. M. tan firmemente y reclamando los castigos que merecen esos pícaros? » Otras mil cosas como estas dijo el príncipe abrazándome. Mi papel fue muy pasivo en esta escena, ceñido solo á darle gracias por la bondad con que me honraba, y á asegurarle con palabras salidas de mi alma, que no habria sacrificio ni abnegacion de especie alguna que me viniese grande para probar mi entera devocion á su persona, igual en todo á la que me ligaba á sus augustos padres. « Pues bien, me respondió, si mi papá me lo permite, te pediré tan solo

« un sacrificio , y es que te quedes con nosotros. » Yo me abstuve , no sin razon , de repetir en su presencia la totalidad de los motivos que para retirarme habia expuesto á Cárlos IV. ¿Cómo podia estar cierto de que no fuesen trasladadas mis palabras á Beauharnais , mas tarde ó menos tarde ? Yo no podia creer , ni que éste variase de conducta , ni que no hubiese todavia algunos hombres desleales que urdiesen nuevas tramas con su apoyo y con su influjo , alucinados cual se hallaban estos hombres con la idea de que el emperador protegeria cuanto se hiciese en daño mio , y que vendria á vengar al príncipe de Asturias. Esta postrera especie se propagaba cada dia con mayor fuerza en todas partes ; y si era que Fernando habló de buena fé cuando me dijo tantas cosas halagüeñas , yo no debia lisonjearme de que á otro nuevo empuje que le hiciesen mis contrarios , supiese resistirlo. Mas para Cárlos IV fue ya un suceso decisivo aquella nueva prueba que habia hecho ó creido hacer de las disposiciones de su hijo. Juzgaba casi siempre el corazon de todos por el suyo , quanto y mas el de un hijo idolatrado con quien se habia mostrado tan piadoso y tan benigno. El cielo lo ordenaba de este modo ; ni á izquierda ni á derecha habia camino para mí por donde huir los duros hierros del destino.

Mientras tanto quedaba por tratar y resolver una cuestion penosa. ¿ Debia escribir el rey al orgulloso emperador para satisfacer las quejas de que

hizo éste tanto ruido el 11 de noviembre, y que siguió despues mostrando en los coloquios que se tuvieron de su órden con don Eugenio Izquierdo? No habiendo contestado aquel en derechura á Carlos IV, mas sí mandado dar de parte suya, en formas diplomáticas, explicaciones largas y excusas y promesas amigables para satisfacerle y remendar á su manera la amistad de las dos cortes, ¿deberia tambien el rey dar su respuesta de igual modo con una nota diplomática; ó bien por evitar mayores males y no dejar pretexto á nuevas quejas, explicar las suyas á Carlos IV y endulzarlas con otra carta de su puño? Despues de meditarlo largamente, se decidió S. M. por escribir de nuevo á Bonaparte. En una nota diplomática no se podia expresar con la franqueza necesaria lo que debia decirse en aquel caso, y menos todavía siendo forzoso contestar alguna cosa sobre el fatal asunto de las bodas pretendidas por el príncipe. No solo habia negado Bonaparte que hubiese recibido carta alguna de Fernando, sino como se ha visto mas arriba, hizo decir de parte suya en la postrera conferencia de Champagny con Izquierdo, que no habia entrado nunca en sus ideas que el príncipe de Asturias se casase con parienta suya; que la sobrina de la emperatriz Mlle. de la Pagerie estaba prometida, hacia ya tiempo, al duque de Aremberg, y que de ningun modo se opondria á que casase el rey al príncipe su hijo con quien mejor le pareciese. No responder á esto ni

aun de cumplimiento, hubiera sido un gran desaire en tales circunstancias como aquellas en que Napoleón se hallaba ya enlazado con familias reales de Alemania, y en que subían tan alto sus encumbradas pretensiones. « Después del vomitivo de mi » carta antecedente, dijo el rey, con que hemos » descubierto la mala fé de su conducta, enviemos » el calmante.»

No puedo presentar á mis lectores un traslado literal de la carta que fué puesta, por que no la tengo; pero conservo en mi memoria la sustancia. Decíale el rey que al escribir sus quejas de la conducta irregular que habia tenido su enviado en nuestra corte, no habia sido su intencion atribuirle ni la mas pequeña connivencia con aquel ministro, que el texto de la carta no ofrecia palabra alguna, ni aun ambigua, que prestase márgen para entenderla de aquel modo; que cierto el rey de la franqueza y de la grande intimidad con que uno y otro debian comunicarse entre sí mismos y sin personas intermedias quanto les conviniese para su buena inteligencia, como buenos amigos y aliados, le habia comunicado en derecho los sucesos dolorosos que oprimian su espíritu, y el extravío de sus deberes en que habia caido aquel ministro, tan ageno de los respetos que debia imponerle el alto soberano á quien representaba, y aquel cerca del cual tenia su residencia; que sin necesidad de que el emperador pidiese ni exigiera que se echase un velo sobre la

*



conducta incomprendible que habia tenido aquel ministro, S. M. lo tenia echado de antemano, no siendo su intencion y su deseo sino que el mismo emperador le reprimiese ó retirase; que la infidelidad de su enviado estaba descubierta por las revelaciones del príncipe de Asturias confirmadas hasta la evidencia por las declaraciones de los que ocultamente se entendieron con el marques de Beauharnais; que el grande sentimiento de S. M. no era tan solamente de que aquel embajador se hubiese permitido inteligencias reservadas con un príncipe heredero, lo cual era un gran crimen bajo cualquier concepto que esto fuese, mucho mas promoviendo ú acalorando la discordia en el palacio; sino tambien y en igual grado, que el emperador, en vista de estos tratos clandestinos, pudiera haberse persuadido que el soberano de la España era tan poco amigo suyo y de la Francia, que á constarle los deseos del príncipe su hijo, los hubiera resistido siendo así que en ningún tiempo, ni directa ni indirectamente, le habia mostrado estos deseos (1);

(1) Cuando esto se escribia, ni el rey sabia ni yo tampoco el contenido de la carta que habia firmado y dirigido el príncipe Fernando. No fué posible hallar ni un rastro de ella; ni el príncipe, ni Escoiquiz, ni Infantado declararon otra cosa sino que aquel habia juzgado á Bonaparte sus deseos de unir con lazos de familia las dos cortes. ¿Qué no podia haber dicho Carlos IV en esta carta, si habiéndose encontrado el borrador de la

que tan buen padre con su hijo, como verdadero amigo del emperador de los franceses, no se opondría de modo alguno á tal enlace, puesto que él continuase en desearlo y que el emperador tuviese modo de adherir á sus deseos, debiendo estar seguro de que S. M. daría en tal caso su pleno asentimiento; y de que á mas tendría muy grande complacencia en que el emperador de parte suya se explicase de igual modo; que en todo lo demas, debía no menos estar cierto su buen amigo y aliado de sus disposiciones permanentes é inmutables para la egecucion de los tratados concluidos, y comenzados á cumplirse, como tambien de su amistad probada largo tiempo, la cual jamás por parte suya seria desfallecida por ningun evento ni por ninguna queja de un órden subalterno.

del príncipe, hubiese visto la desconfianza que pretendia inspirar aquel escrito á Bonaparte en contra suya y contra su gobierno, y aquella frase en que decia: « Si » los hombres que rodean aquí á mi padre le dejasen co- » nocer á fondo el carácter de V. M. I. como yo le co- » nozcó, ; con qué ansias procuraria estrechar los nudos » que deben unir nuestras dos naciones!» y estas dos otras: « esto es cuanto mi corazon apetece; pero no » sucediendo así á los egoistas pérfidos que rodean á mi » padre, estoy lleno de temores en este punto... Solo el » respeto de V. M. I. *pudiera desconcertar sus planes,* » *abriendo los ojos á mis buenos y amados padres, y ha-* » *ciéndoles felices al mismo tiempo que á la nacion es-* » *pañola y á mi mismo!* »

Casi todos los que han escrito sobre esta historia lamentable tan inexactamente conocida en todos sus adentros, copiándose los unos á los otros han contado, que el rey, por contentar á Bonaparte, le pidió una esposa de su casa para el príncipe. El ministro Ceballos fué el primero que entre las muchas imposturas con que bordó su *Exposicion*, ó por mejor decir su apología, cuando no habia quien respondiese á ellas, refirió con pícaro conciencia, que para conjurar la tempestad que contra mí se armaba faltándome el apoyo del emperador de los franceses, *dispuse que los reyes le escribiesen, pidiéndole el entace de su hijo el príncipe de Asturias con la princesa que eligiese de entre sus sobrinas ó parientas*. Faltó aquel hombre á la verdad, no por error, sino de intento, pues que en su mano tuvo y aplaudió la carta llena de reserva y de decoro cuya sustancia he referido (1). Mal embastadas

(1) La intencion de Ceballos no hubo de ser tan sola la de deprimirme á mí, su bienhechor, su amigo y su pariente, sino mas todavía á su buen rey, de quien era en tan gran manera deudor por tantos títulos, imputándole aquel acto de flaqueza y poniéndole por tal modo muy por bajo de su mismo hijo, que si pidió una esposa á Bonaparte, hizolo al menos libremente, mientras su angusto padre, al dicho de Ceballos, lo ejecutó por cobardía, por miedo y por un miedo sugerido; peor que esto, porque yo lo habia *dispuesto*, ú ordenado, que es lo mismo. A este hombre ingrato, y tan falsario y desleal le dará la historia la plaza que él merece.

sus mentiras, cuenta luego que Napoleon , pasado ya algun tiempo, escribió á Carlos IV amargas quejas por no haberle renovado la demanda de una esposa para el príncipe. Cualquiera observará, que si el rey le hubiese hecho ya una vez la tal demanda, hubiera sido necedad en el emperador quejarse de que no hubiera vuelto á hacerla. La verdad fué que no le hizo, como ya he contado, sino un atento cumplimiento, cual requerian las circunstancias. Napoleon le contestó desde Milan á aquella carta y á las anteriores, que aun se encontraban sin respuesta. Nególe todavía en la que entonces daba, que por la mano de Beauharnais ni de ninguna otra persona hubiese recibido carta alguna del príncipe heredero, y daba luego esta salida: que si bien pudo haberla escrito el príncipe y hallarse persuadido de que su carta fué enviada, cierto de lo primero, no podia estarlo de esto último, y que sin duda alguna le engañaron los que habian montado aquella intriga. En cuanto á bodas respondia con otro cumplimiento semejante al que le hiciera Carlos IV, y le decia: que en cuanto fuese conducente para estrechar las relaciones del imperio y de la monarquía española le hallaria el rey pronto, siendo entre tanto su principal deseo que el príncipe de Asturias volviese á hacerse digno, como era de esperarse, de su paternal benevolencia. Un mes despues, á poca diferencia, le regaló el emperador dos tiros de caballos, y le escribió de nuevo finamente, dán-

dole quejas amigables, nada amargas, de que no hubiese vuelto á insinuarle cosa alguna sobre enlace de las dos familias, con que podria aumentarse la union, la fuerza y el poder de entrambos dos imperios para dar la paz al mundo. Escribia asi para dorar los grandes desafueros, con que violando los tratados de cuya ejecucion se habia mostrado tan celoso, hacia inundar el reino con sus tropas. Jamas entre naciones cultas se habia visto tal manera de intentar sorberse un reino amigo y un gran reino, con mentiras y lisonjas. ¡O mundo y oh! ¡qué hombres! Ceballos fué testigo mas que nadie de mis consejos y mis votos para romper con aquel hombre á todo trance, para pedirle cuenta de sus intenciones y apellidar la España toda contra sus perfidias. Y él entre tanto pretendia calmarme, y estaba conchabado ya por aquel tiempo con Beauharnais para perderme.... ¡y no alcanzaba su talento (de que despues él mismo se ha alabado con tan gran jactancia), no digo á descubrir, á sospechar siquiera que no empujaba Bonaparte sobre España tan grandes fuerzas de su imperio para tan poca cosa como era el removerme y retirarme del lado de mis reyes! ¡Y él no ignoraba en tanto con qué veras yo ansiaba retirarme, que mi existencia en los negocios era un mandato insuperable, y que atentar en contra mia era atentar tan solo contra Carlos IV, que me tenia amarrado!... Pero yo me anticipo á los sucesos; yo hablaré de

ellos por su órden y á su tiempo. Concluiré por refutar otras mentiras del infiel Ceballos.

Dice en su *Exposicion* que por el intermedio de mi confidente Izquierdo tenia yo establecidas relaciones íntimas con el príncipe Murat, y que contaba yo llegar al cabo de mis votos con su influjo, bien que me fuese necesaria la poderosa mediacion de algunos millones para tenerle grato. Despues añade, que aquel príncipe me dirigió una carta que hundió mis esperanzas, en la que al propio tiempo que me prometia poner en obra toda su amistad en favor mio, me declaraba ser muy graves aquellas circunstancias, comprometidos cual se hallaban los respetos de la sobrina de la emperatriz y del embajador Beauharnais. « No hubo medio (concluye luego) que no tentase el favorito para conservar aquel amigo; demostraciones, atenciones, deferencias; todo fué puesto por la obra cerca del gran duque. » Sigue despues lo que ya dije anteriormente: « Y para conjurar la tempestad que tenia encima, *dispuso* que los reyes escribiesen al emperador pidiéndole una esposa de entre sus sobrinas para el príncipe de Asturias (1). »

(1) Debo advertir á mis lectores que no habiendo podido proporcionarme en mi soledad ningun ejemplar de las ediciones españolas del *Manifiesto* de Ceballos, me veo obligado á volver en castellano el trozo que he copiado aquí, segun lo encuentro en dos traducciones con-

Responderé por partes á este embolismo de mentiras, y procuraré ser breve cuanto pueda.

Mis relaciones con Murat venian de antiguo, precisamente desde el tiempo en que nuestros infantes don Luis y doña María Luisa fueron proclamados reyes de Etruria. Murat, despues de sosegadas algunas turbulencias que agitaban la Toscana y preparados bien los ánimos, fue quien dispuso y dirigió los obsequios y el recibo de aquellos nuevos reyes, y el que por una larga serie de actos amigables y oficiosos, apartó de aquel estado, cuanto alcanzó su influencia, las grandes cargas que pesaban sobre los otros pueblos de la Italia, por el continuo paso de los ejércitos franceses. No tan solo trabajé yo, quanto me fue posible, en mantener aquellas relaciones amigables de Murat, sino tambien, y aun mas, Cárlos IV y María Luisa, que le honraron muchas veces con sus cartas á fuer de agradecidos. Ceballos lo sabia y habia dictado él mismo varias de ellas. Y héle aqui por degradarme, y para mas indisponerme con la engañada España, mintió hasta el punto de decir que yo fundé estas relaciones por el intermedio de don Eugenio Izquierdo, no sin mediar millones para mantenerlas. ¡Qué calumnia tan

formas que tengo á la vista, la una italiana y la otra francesa. De esto podrá resultar alguna diferencia en las palabras ó en el modo de las frases con respecto al texto original castellano, pero ninguna en su sustancia.

infame! Por parte de los reyes recibió Murat la orden del Toison de Oro; por parte mia no recibió sino una caja de *chinchona*, que él mismo me pidió para su esposa (hoy condesa de Lipano), que á la sazón se hallaba enferma. Esta señora, agradecida por tan poca cosa, me envió un magnífico tahalí bordado de su mano. He aqui todos los intereses pecuniarios que mediaron de una y otra parte. Personas quedan todavia de aquellos tiempos asi en España como en Francia y en Italia, y á mayor abundamiento, mi correspondencia toda entera, mis borradores, mis apuntes, mis libros y mis cuentas, que, como he dicho muchas veces, todo cayó en las manos de mis mayores enemigos. Yo desafío á cualquiera que pretenda saber algo que acredite la ruin calumnia de Ceballos, á que produzca lo que sepa y me desmienta.

Es cierto que conté mas de una vez con la amistad del príncipe Murat para evitar encuentros de entrambos gabinetes, y para desviar á Bonaparte de muchas pretensiones temerarias que estuve conteniendo largo tiempo. Yo le debí á Murat en diferentes ocasiones avisos y consejos importantes que alumbraron grandemente para evadir, torcer, ó resistir con buen suceso los infinibles pedimentos de aquel hombre, nunca contento de lo suyo y siempre ansioso de lo ageno. Puedo decir tambien que mientras que me hallé en el timon de la política, no tuve que quejarme de la sinceridad de sus avisos

y advertencias (1). Y aun ya muy poco antes de aquel tropel de compromisos y aflicciones que la infeliz barrabasada del engañado príncipe Fernando nos habia traido, Murat mismo, á ruegos míos, habia probado á persuadir á Bonaparte que era interes de las dos cortes la revocacion del embajador Beauharnais (2). Poco despues fue el estallido que causaron las intrigas y traiciones concentradas con Beauharnais. Murat me escribió entonces doliéndose conmigo de aquel conflicto de sucesos, contándome

(1) ¿Dirá tal vez alguno que Murat pudo ser un instrumento de que hubiese usado Bonaparte para engañarme y sorprenderme? Mas si él me daba trazas para prevenirme contra las pretensiones y designios de aquel hombre, mal podia ser un instrumento suyo. Fuera de que es sabido, que el emperador llegó á temer alguna vez que esta correspondencia fuese desfavorable á su política, y se dejó llevar hasta el extremo de interceptar sus cartas y las mias para aclarar sus dudas y apreensiones. Desmarest mismo ha referido estas sospechas, no mal testigo en este punto, pues estuvo siendo gefe de seccion de la alta policia bajo del consulado y del imperio. Véanse sus *Testimonios históricos*, en su capítulo intitulado *Napoleon y la España*, pág. 201.

(2) Que Murat dió en efecto este paso, me lo dijo el mismo emperador en Bayona, cuando hablándome de Beauharnais pronunció estas palabras: « Beauharnais me » ha engañado sobre V. y sobre todas las cosas de la España; nunca jamas le volveré á emplear en parte alguna. » El gran duque de Berg le conocia mejor que yo cuando » me aconsejó le reemplazase. Estaba yo en haberlo hecho, » pero luego no hubo tiempo, ni me era decoroso revocarle. »

haber hecho cuanto le fue posible para que retirasen á Beauharnais, pero diciendo no ser tiempo de insistir mas en aquel punto, ni ser ya conveniente sino correr un buen telon sobre las cosas ocurridas. Contaba luego en esta carta lo que pasó en Fontainebleau con Maserano, lo que habia él hecho por templar la grande irritacion que el emperador habia mostrado el 11 de noviembre, y el medio que le habia inspirado de llamar á don Eugenio Izquierdo y de pedirle explicaciones sobre aquel asunto, puesto que habiéndole yo escrito, podria darlas mejor que Maserano. Concluia, en fin, dándome quejas de que no le hubiese escrito cosa alguna sobre tan graves ocurrencias, y me pedia que le informase de la verdad de los sucesos, acerca de los cuales circulaban en Paris especies y noticias increíbles.

Tal fué la carta de Murat, que, *al decir de Cevallos*, me impresionó hasta el punto de estimarme ya perdido, porque juzgué que iba á faltarme el patrocinio del emperador de los franceses, como si en realidad lo hubiese yo tenido en algun tiempo; como si ya de antiguo, desde la paz de Portugal que yo hice á pesar suyo, no hubiese trabajado cuanto le fué posible en contra mia; como si el conservarme Cárlos IV su confianza y su amistad hubiese nunca dependido del favor de Bonaparte; como si el hueco principado que habia ideado en favor mio, hubiese sido mas que una solapa para apartarme de

mis reyes; como si mis deseos de conseguir mi libertad y retirarme del poder no hubiesen sido conocidos por Ceballos, testigo mas que nadie tantas veces, y entonces mas que nunca, de los esfuerzos que yo hacia por sacudir la carga insoportable y peligrosa que tenia en mis hombros tan á pesar mio. ¿Cuáles fueron en tanto mis deferencias, mis demostraciones, mis oficios y los medios que yo puse por la obra, *como él dice*, para alejar la tempestad de que me hallaba amenazado del lado de la Francia? Yo he referido ya cual fue la carta que escribió Cárlos IV á Bonaparte, tan urbana, como llena de decoro y entereza. La mia á Murat, que una casualidad llegó á poner bajo el dominio de la historia, es la siguiente:

«Una enfermedad cruel, que me obligó á guardar cama por ocho dias, ha sido la causa de incurrir en la falta que justamente me advierte V. A. I. en su apreciable carta del 11. Sí, príncipe, yo no hubiera debido omitir la participacion de un suceso tan grave, cual era el que ocurría en la corte; pero ahora que me hallo capaz de cubrir mi falta, voy á satisfacer la obligacion que tengo con V. A. I. por la amistad con que me honra. El suceso, pues, ha sido éste:

«Acostumbrado por desgracia el príncipe á la intriga de su muger, admitió á su consejo un eclesiástico que prestándole mil ideas lisonjeras, le puso en el riesgo de cometer mil errores. Dió prin-

» cipio por la seducción de algunas personas de carácter, y cuando se creyó con número suficiente para desplegar sus ideas, empezó á escribir libelos infamatorios contra la reina su madre y contra mí cuyos borradores, que le daba el cura, eran quemados por él mismo, apenas los copiaba el príncipe de su letra. Estos fueron encontrados en la papelería de S. A., quien declaró el hecho y los cómplices ó seductores. No contento con esta atrocidad (por cuyo medio y con el dinero que repartían en las clases inferiores del pueblo, buscaban sus aplausos y el descrédito de sus padres), hicieron un decreto, intitulándose *rey* el príncipe, por el cual daba el mando de las tropas á uno de los conjurados. Este decreto estaba sin fecha; pero sellado con lacre negro. Todo consta de declaraciones y documentos. Dudosos luego ó temerosos de ser descubiertos (porque creían que el rey muriese ó que el pueblo se sublevase) proyectaron otro enredo para asegurarse; y fué cuando el cura solicitó y consiguió internarse con el embajador de S. M. I. y R. Desconfiado sin duda Mr. de Beauharnais, pidió una contraseña del príncipe para saber si aquel sujeto estaba autorizado para tratar con él, y S. A. dió esta: *En la corte preguntaré al embajador si ha estado en Napoles, y al mismo tiempo sacaré el pañuelo.* Así se hizo, y quedó introducido el eclesiástico, por medio del cual ha seguido larga correspondencia el príncipe segun ha declarado;

» mas como de estas cartas ninguna se ha cogido, ig-
 » noro el objeto.

« Sin embargo de estos delitos, el rey, conduci-
 » do por los sentimientos de amor, y persuadido á
 » ruegos de la reina (á que uní los míos), levantó
 » el arresto del príncipe. S. A. pidió perdon á sus
 » padres, prometió la enmienda, ha seguido decla-
 » rando en la causa espontáneamente, y me ha pro-
 » metido amistad constante. No sé si la luz de la ra-
 » zon le hará cumplir lo ofrecido; pero no confio
 » mucho en quien una vez me engaña, y creo que
 » V. A. I. no desaprobará mi opinion.

« Este es en resúmen el suceso. V. A. I. inferirá
 » por su gravedad cual habrá sido el trastorno que
 » ha ocasionado en el ánimo de SS. MM., y cuales
 » sus justas sospechas, tanto mas que los reos son
 » muchos, y de la primera clase. Satisfago, pues,
 » mi deber con V. A. I. rogándole ademas que si
 » juzgase conveniente que S. M. I. y R. se instruya
 » de lo ocurrido (aunque en breve), procure
 » V. A. I. persuadirle de la sinceridad de este relato,
 » y de que no adelanto cosa alguna que no esté pro-
 » bada. Sabiendo tambien que el aprecio de S. M. I.
 » y R. para con el rey mi señor, preserva á Espa-
 » ña de todo riesgo, no solicito de V. A. I. mas que
 » su mediacion para que no varie de sentimien-
 » tos (1). »

(1) Esta copia de mi respuesta al duque de Berg es

Puestos entre Ceballos y entre mí los que lean imparcialmente, verán quien de los dos ha referido la verdad en este punto como en tantos otros en que ha mentido aquel tan torpemente. Verán tambien por esta carta hasta qué grado habia yo circunscrito mi conducta, puesto como me hallaba entre dos fuegos, de la una parte la faccion del príncipe de Asturias, de la otra un hombre tan temible y tan temido como el emperador de los franceses. No ignorando los tiros que me asestaban mis contrarios, escribiendo á Paris como escribieron en aquellos dias tantas ficciones y calumnias para excitar á Bonaparte en contra mia, teniendo al mismo tiempo ante mis ojos la relacion que el príncipe de Maserano habia enviado del furor de Bonaparte por la carta que recibió del rey, y que infirió al instante ser consejo mio; cierto tambien, cual debia estar, de que Beauharnais se habria esforzado mas que nadie para malquistarme y avivar aquellas iras, no me curé, diré mejor, tuve por cosa indigna sincerarme y defenderme cerca de un príncipe extranero. Tenia á Dios, tenia á mis reyes y me tenia á mí mismo para vivir sereno en tal borrasca; bastábame mi honor y mi conciencia contra cualquiera cosa que aviniese. ¿Y qué podia venirme que yo no desease? ¿Mi retiro? lo estaba requiriendo noche y dia, y no podia lograrlo; ¿mi caida del concepto de mis reyes? éste, sí, hubiera sido un grande mal; pero este mal era imposible, porque á ellos

una de las piezas que fueron halladas entre los papeles de don Eugenio Izquierdo despues de su muerte y publicadas por don Juan Llorente en 1816, hallándome yo en Roma, sin saber nada de este hallazgo. Muchos años despues, como dije mas arriba, pude sacar estos papeles del secuestro en que se hallaban en los archivos de la policia francesa, y los conservo.

les constaba mi conducta y veian los sacrificios á que por ellos me votaba. De esta suerte me estuve sin escribir á nadie en Francia, mientras que circulaban contra mí tantos escritos en los salones del imperio. Fué menester que Murat mismo me escribiese pidiéndome noticias de los sucesos ocurridos y admirando mi silencio, para que en fin me resolviese á escribir algo, yo el último de todo. No haberle respondido á sus preguntas, hubiera parecido hacerme reo y confirmar tantas infamias que se escribian en contra mia. Le respondí; mas de que modo hubiese respondido, lo ha mostrado la minuta de mi carta que Dios no quiso se perdiese. Ninguna cosa dije de cuanto estaba oculto y sepultado sobre las acciones del príncipe de Asturias. Contando muy por cima lo que ofrecia la causa, procuré buscarle excusa en la maldad de aquellos que le habian servido. De ningun modo temeroso de tantas encomiendas, prevenciones y amenazas con que Napoleon habia pedido y exigido se pusiese punto en boca en cuanto herir pudiese la conducta de su embajador Beauharnais, contéle con modestia, pero con seguridad y con firmeza, los manejos y trastiendas de aquel pérfido ministro. Y le rogué tambien que hiciese uso de mi carta, y al mismo emperador le diese parte de ella, quedando yo garante y responsable de la sinceridad y la verdad de lo que en ella habia estampado; empero nada dije ni pedí para que trabajase por ponerme ó repouerme en su amis-

tad y buena gracia. Pedíle solamente que procurase mantener la buena inteligencia entre el emperador y Carlos IV. Otros podrán decir si en mi lugar, y en tales circunstancias como aquellas, se hubiera alguno comportado con mas honor, con mas decoro, ó con mayor firmeza.

Y con esto llegamos ya á fines de noviembre de 1807, y á aquella situacion desoladora que yo no habia traído, contra la cual habia bregado tantos años, y que tan mala como era, habria tenido enmienda todavía, si el príncipe Fernando hubiera estado firme y sido consiguiente á su palabra, tantas veces reiterada, de unirse con sus padres. De aquí ya mas no tengo que contar á mis lectores sino desdichas y desastres. Largo he sido en narrar estos sucesos lamentables desfigurados tanto tiempo, contados solamente por los mismos que aparejaron tantos males, y á quienes tantos otros que han escrito acerca de ellos han copiado, no habiendo hallado mas relatos que los suyos. A mis lectores ruego, á aquella clase de lectores que busquen la verdad sin prevenciones y sin odios, que no olviden ningun hecho ni circunstancia alguna de cuanto dejo referido anteriormente en mis Memorias, porque todo está atado y enlazado estrechamente: al que buscare la verdad no le es bastante haber leído este capítulo. De los que me leyeren de un extremo á otro de esta obra imparcialmente, no temo yo mas cargo, como ya dije en el principio, que uno

*

solo, haber podido, y diré mas, haber debido sujetar con mano firme el instrumento ciego y peligroso de que se armaron los malvados, y haberle respetado tanto tiempo hasta la postrer hora. ¡ Oh! amada patria mia, si al contrario de lo que han dicho mis enemigos y los tuyos que yo hice, hubiera sido yo menos leal de lo que fuí por reverencia y por lealtad mal entendida, habria podido ahorrarte los inauditos padeceres con que despues por tantos años no acabados todavía te ha atormentado tan cruelmente la oruga y la langosta que salió de aquella larva de ambiciosos y traidores.

CAPITULO XXXI.

Continuacion de los sucesos hasta 15 de marzo de 1808.

Yo habia bogado y afanado quince años, ninguno de ellos mar en leche, siempre bajo del cielo tormentoso que cubrió á la Europa en los períodos sucesivos, á cual mas rigoroso, de la república francesa, del consulado y del imperio; mas la galera hermosa puesta á mi cuidado, bien que se hallase quebrantada, maltratada y falta de carena por cerca de tres siglos, atravesó los quince años sin romperse y alzada su bandera, por entre los encuentros y peligros en donde tantas otras mas hechas á los

mares, mas nuevas, mas boyantes, y conducidas á mas de esto por fuertes remadores y por pilotos excelentes, perecieron. Aun se encontraba intacta en 808. ¿Habia un decreto del destino para que naufragase tambien ella? Muy grande fué su riesgo cuando la nube desoladora que por tan largo tiempo fué esquivada, vino á apesgarse luego en nuestros horizontes, y hubo quien saludara su presencia y se gozase en amarrar debajo de ella aquella nao sagrada; empero yo esperaba (¡lo esperé un instante!) que podria salvarse, y que desengañado de su error, cuando era tiempo todavía, el que podia ayudarme, me alargaria su brazo para ponerla en lugar salvo, para salvarse él mismo del abismo que habia abierto. Muy pronto ví que me engañaba. La obra de destruccion estaba ya montada despues de siete años de empezada por Escoiquiz, el combustible preparado y extendido largamente, muchos y bien trazados los ramales sobre el gran centro del incendio, muchas tambien las manos que en dando la señal debian botar el fuego en radios convergentes; grande, muy mas que todo, el cierzo asolador que habia de enfurecer aquellos fuegos hasta que todo se abrasara.

Tenia yo en contra mia cuantos eran contrarios de las medidas adoptadas para aliviar al pueblo del inmenso peso de los gastos que ofrecia aquel mal tiempo de la Europa, contando mas con ellos que podian sufrir sin arruinarse las santas cargas de la pá-

tria; á los que rebosando de riquezas, y siendo interesados mas que nadie en la defensa del estado que era tambien la de ellos, ni sabian ni querian acomodarse á concurrir con lo superfluo, diré mejor, con una sola parte de las superfluidades de su fortuna inmensa. Bajo de tal concepto, en primer línea, mi mayor enemigo era la clerecia, mas fuerte en rentas que el estado, y en la cual, no con violencia ni arbitrariamente, sino por concesiones pontificias, se tomaba una parte despreciable comparada á sus innumerables propiedades. ¿Qué importaba que esto se hiciese con la venia del pontífice romano á quien los mismos eclesiásticos, por sus propias doctrinas, reconocian como el ecónomo súpremo de los bienes de la iglesia? A aquel Dios mismo de la tierra como lo predicaban, le hubieran destronado si pudieran, en habiendo tocado á sus riquezas; que era el ecónomo, decian, para guardarlas, mas no para expenderlas. Se hacia correr y se decia al oido entre la gente santa que el príncipe de Asturias era por excelencia religioso, y que la primer cosa que seria mandada, si por fortuna se lograra que ocupase el trono de su padre, seria sobreseer enteramente en la enagenacion de aquella parte de los bienes de la iglesia que el Papa habia otorgado. Y no fué solo aquella especie un simple anuncio incierto y vago, sino una gran promesa que se vió cumplida desde el instante mismo de ocupar el trono el rey Fernando, y promesa cum-

plida hasta su muerte. ¡Qué podía ser de mí teniendo en contra, con muy pocas excepciones, la mayoría, la grande masa de clérigos y frailes, dueños de las conciencias, dueños de la opinion por tantos modos, tan poderosos en las plebes en donde tanta gente vivia de sus migajas tan contenta!

Sabian tambien los frailes que iba ya á comen-zarse su reforma, que ésta le estaba cometida por bula pontificia á mi cuñado el arzobispo de Toledo, y que se habia alcanzado á mis instancias. Los que desafiaron tantas veces el poder mismo de los papas contra algunas reformas, particulares las mas de ellas en tal ó cual provincia de la iglesia, ¡cómo podian mirarme, á mí, el primero que habia intentado aquella obra sériamente! Vióse asi luego en muchas partes, caido Cárlos IV, y yo proscrito y encerrado en dura cárcel, salir de los conventos cuadrillas furibundas de aquellos hombres celestiales, reunir la muchedumbre, concitarla, levantar hogueras, echar en ellas mi retrato, danzar arremangados en torno de las llamas con lo mas vil del populacho y ensordecer las calles y las plazas con su algazara de victoria.

Bastaba ciertamente para muerte y ruina estar al blanco de tales enemigos que no perdonan ni transigen; mas no eran estos solamente. Otro recurso de la real hacienda previsto por las leyes, justo y legal en cualquier tiempo, pero mas justo todavía y sobre todo necesario en las continuas estrechuras

que sufría el tesoro, era la reversion á la corona de multitud de propiedades, enagenadas de por tiempo ya cumplido, poseidas sin derecho, verdaderas detenciones acerca de las cuales se habian formado ya expedientes en los reinados anteriores, vivo siempre el derecho no prescriptible del estado. Primero era buscar para socorro lo que era propio suyo, que ir á buscar aquel socorro en el bolsillo de los pobres. Decíalo así el consejo en sus reclamaciones y consultas; mi sola parte fué estimarlas justas y apoyarlas en el ánimo del rey; pero con esto solo habia bastante para cargarme todo el odio de los que en tal medida se reputaban agraviados. Cargad al pueblo, y contemplad las clases poderosas; no os faltará quien os sostenga; y ellas que dan el tono á la opinion se encargarán de defenderos contra las quejas y lamentos de la oprimida y temerosa muchedumbre: haced por ésta, aborradle su miseria, y sed un poco menos complaciente con las clases altas y opulentas; estas dirán al pueblo que sois un hombre inicuo, un opresor violento, un enemigo de la patria; y él se hará el eco de estas clases de quien pende en su miseria, y les ayudará á embestiros. Por los recobros intentados habia no pocos grandes á quien podian menoscabarse en mas ó en menos su poder ó su riqueza, muchos tambien en otras clases menos altas, y mayormente entre empleados y oficiales subalternos de justicia. Nadie que poseyese los bienes denunciados por el fisco

podia ser despojado sin preceder un juicio en toda forma en el consejo de Castilla ó en el de hacienda, juicio seguido enteramente segun las leyes anteriores que regian de antiguo, y no por leyes retroactivas. ¡ Mas qué importaba el proceder tan detenido de los consejos reales á los que detentaban estos bienes y debian perderlos!

A estas falanges de enemigos y á los que tan de antiguo me traia la elevacion de mi fortuna subida tan por cima de lo que hubiera yo querido, juntábanse ademas los que sin tener cuenta de las calamidades y trastornos horrorosos que se sufrían en tantos reinos y gobiernos de la Europa, me atribuian á mí aquella parte exigua de trabajos que nos habia tocado en la comun tormenta, y en contra de los cuales ninguna fuerza humana era bastante; los que olvidados de la historia, ponian tambien en contra mia los males y trabajos que venian de muchos siglos y que se están sufriendo todavía; los que, sin tantearlos, creian que era bastante levantar la mano y decir ¡ *Alto!*... para atajar y consumir aquel torrente; los que se lamentaban de que la España estaba en zaga de las demas naciones de la Europa, y creian de buena fé por aquel tiempo que una reforma general estaba hecha de contado con tan solo decretarla; los que por cima de esto, finalmente, imaginaron que los prodigios y el honor de esta reforma tanto ansiada estaban reservados al príncipe de Asturias; ¡ rara tendencia y con-

cordancia de los ánimos , esperando los unos que en el reinado de aquel príncipe cesarian las medidas y las cargas que pesaban sobre las clases superiores, y los otros que pondria mano poderosa en las reformas radicales ! Quienes fueron los engañados se vió luego ; mas por entonces, los unos y los otros, cada cual en su idea , mas con diversos anteojos, vieron un lindo cielo tachonado de esperanzas. ¡ Y al pueblo que no sabe , y cree lo que le dicen , le hacian leer las profecías y las visiones que prometian las nuevas glorias y la completa dicha de la España para el reinado venidero !

En tales circunstancias, se repetia y se hacia creer por todas partes, que á ojos vistas trabajaba yo la ruina de aquel príncipe, que el proceso del Escorial era obra mia, una calumnia atroz, una horrosa intriga que habia yo excogitado para lograr su perdicion que habia impedido el cielo, desalentándome y hundiéndome en los primeros pasos de tan enorme crimen. Y á la verdad que habia apariencias con que poder fundar aquel mortal ataque que me hacian mis enemigos. Implorando el perdon del príncipe Fernando tan apriesa y sin tomar ningunas precauciones , cual lo hice , me habia yo suicidado. Procurando amistar al hijo con su padre y al padre con su hijo sin tardanza , pensé salvar de un solo golpe tantas miserias y peligros que se habian movido , y asegurar con esta union la fuerza del estado , necesidad de aquel momento la mas grandé...

¡infelice de mí, que no hice mas sino dar treguas á la faccion perversa, y aumentar sus fuerzas, y procurarle la victoria! Habiéndose ocultado á la nacion los documentos, los hechos y los cargos que pesaban sobre el príncipe de Asturias, fué muy fácil hacer mirar aquel perdon que le fué dado tan temprano, como una prueba irrecusable de la inocencia de su alteza; no habiendo publicado Carlos IV sino aquellas simples cartas en que pidió perdon el príncipe reconociéndose culpable, mas sin decirse en ellas, ni en que cosas, ni de que modo lo habia sido, muy fácil era persuadir, como lo consiguieron mis contrarios, ó que las culpas en cuestion eran tan solo faltas ordinarias de las que ocurren en familia; ó que en la realidad no habia ningunas, y que por aquel medio, á ley de hombre cristiano y de buen hijo, se resolvió Fernando heróicamente á mantener á costa suya la opinion y buena fama de su padre; ó que yo le llevé escritas las dos cartas y le obligué á firmarlas: que estas tres cosas se dijeron, y al escoger fueron creidas. Todo esto y mucho mas llegaba á mis oidos, tal como la avenida de un rio que se desborda y va arreciando cada instante. ¿Debia yo defenderme á costa de Fernando y aventurar aquella paz que yo creia que habia zanjado entre hijo y padre? Sustraido el príncipe de Asturias á la accion de la justicia y perdonado á ruegos mios, ¿debia ser denunciado al tribunal de la opinion porque la mia no pade-

ciese, y provocarse un juicio escandaloso ante la muchedumbre, del que no podia haber mas resultado que el incendio y la discordia de los ánimos? Mi partido forzoso á ley de buen vasallo, y si este nombre no se quiere, á ley de servidor votado de mi patria y de mis reyes, era callar entonces, y fiar al tiempo mi defensa, si el príncipe Fernando se olvidaba de tomarla y de pagarme. Comenzóse de esta manera aquel silencio prolongado, que ora con un motivo, ora con otro me habian impuesto los destinos. De esta suerte me quedé inerme contra las baterías que á mano salva levantaron mis furiosos enemigos para batirme en brecha y destruirme.... Y ellos lo sabian bien, y veian que lo podian hacer sin arriesgarse; ellos lo sabian bien, que defenderme persiguiendo no estaba en mis costumbres. Dábanme ejemplos á millares las historias de ministros de un gran nombre que usaron del terror para acallar á sus contrarios, y nadie negará que pude hacer lo mismo; mas cite alguno, si pudiere, algun procedimiento que en la corte ó fuera de ella hubiese yo intentado para vengarme ó defenderme. Se ha hablado mucho de mi orgullo por los que han escrito en contra mia, y han dicho de él que era un orgullo vano é insensato de la grandeza y opeles que me habia dado la fortuna; júzguenme acerca de esto los que me trataron de cerca ó por escrito; juzguen tambien y fallen sobre el carácter de mi orgullo los que me vieron siempre superior

á la calumnia sin volver mi poder en contra de ella, sin oponerle mas escudo que la seguridad de mi conciencia, y sin tener que reprocharme yo á mí mismo ningun luto, ninguna ruina de familia. ¡Oh! en esto sí tuve mucha soberbia y mucho orgullo, y esta soberbia y este orgullo consuela mi vejez en todos sus trabajos y alegrará mi tumba.

En tan furioso torbellino de mentiras y calumnias que revolvian mis enemigos y á que oponia tan solo mi silencio y mi paciencia, aun me quedaba una esperanza, y era la sensatez del pueblo castellano. Yo fiaba en ella, y no me habria faltado sin los espesos velos que le pusieron en sus ojos, sin la infernal astucia con que aquellos malvados me cargaron sus maldades mismas y traiciones, sin el auxilio, mas que todo, que recibian del extrangero. Solos no habrian bastado á destruirme. Napoleon dejóse parecer por un instante en lo escondido el instrumento de ellos, para lograr mejor que ellos lo fuesen suyos, y logrólo. Alucinando al pueblo con promesas de un porvenir magnífico y dichoso, contando siempre adentro los inicuos con la infeliz docilidad del príncipe de Asturias, ciertos como se hallaban del impulso y de la ayuda que esperaban del gran hombre de la Europa, y asegurada de este modo doblemente la impunidad de sus traiciones en cualquier evento, pudieron atreverse y se atrevieron los que eran por sí solos tan impotentes y cobardes.

He aquí pues ya, cual fué mi situacion á fines de noviembre, y de qué modo fué creciendo la apretura de aquel cerco, irresistible á toda fuerza humana, donde mis enemigos me encerraron, aumentando sus fuegos dia por dia, hasta el final asalto, hasta la gran catástrofe en que hundieron la corona misma de sus reyes.

Hacian cundir y se esforzaban para hacer creer como una cosa descubierta y demostrada, que yo aspiraba al trono, que Carlos IV me iba á dar no sé qué especie de regencia, de dictadura ó de tutela de sus reinos y sus hijos, no solo en vida suya, entregándome todo el cargo del reinado, sino tambien despues, por mas ó menos tiempo, á mi albedrío; y que para arrancarle esta medida tan extraña habia yo calumniado al príncipe de Asturias, esperando apartar por este medio el solo obstáculo que habia para frustrar mis criminales ambiciones.

Decian que habia cejado en mis ataques contra el príncipe, porque Napoleon habia tomado por su cuenta el defenderle y sostenerle con toda su influencia, y si llegaba el caso, á mano armada (1).

(1) Mis lectores no olvidarán que el perdon del príncipe fué obtenido el dia tres de noviembre, y que la primera noticia de su arresto no llegó á Paris hasta el cuatro ó cinco del mismo mes. Esta sola reflexion habria bastado para desmentir la especie de que yo habia pedido el perdon de Fernando, por haber sabido que el emperador se proponia tomarle bajo su proteccion y defenderle. Pe-

La embajada francesa sostenia estas voces por agentes suyos, de una manera cautelosa, haciéndolas valer por el misterio mismo con que hablaban y aparentaban encubrirse.

Las cartas de París, contestes todas ellas, hablaban en igual sentido sin ningun rebozo, y referian la indignacion de Bonaparte en contra mia, y la furiosa escena del dia 11 de noviembre, que en su lugar dejé contada. El príncipe de Maserano no se guardó de referirla á varios Españoles, y su hija habia tambien hablado de ella con aumento á todas sus amigas (1). Por cima de esto, el mismo Maserano habia escrito y detallado aquel suceso á sus amigos en España, dándoles el consejo de cortar conmigo todas las relaciones que podrian comprometerlos, « ciertos, decia, como podian estar de una

ro la muchedumbre siempre crédula no se ocupa nunca de las fechas ni se detiene en la crítica de las especies que se le sugieren: mientras mas grave es aquello que se le cuenta, mayor es su disposicion á creerlo.

(1) La turbacion de Maserano en la violenta escena del dia 11 fué tan grande, que comenzó á poner en salvo los papeles de su legacion, temeroso de que el emperador mandase arrestarle; y este mismo temor lo comunicó á varios españoles refiriéndoles el motivo y aconsejándoles que se pusiesen en seguro, y que salvarsen sus caudales porque era muy posible que el emperador nos declarase la guerra y mandase prender todos los españoles y poner sus bienes en secuestro. Don Eugenio Izquierdo sosegó despues todos los ánimos; pero el mal estaba ya hecho por la indiscrecion de Maserano.

» caída muy ruidosa que me aguardaba por instan-
» tes, ciertos tambien de que el emperador, no me-
» nos enojado con el rey, le habia dicho abiertamente que él seria el protector del príncipe de
» Asturias y el vengador de las calumnias con que
» mis intrigas habian tambien envuelto los respetos
» de Mr. de Beauharnais y de su misma real persona.» De algunas de estas cartas se escribieron muchas copias y se hacian correr de mano en mano en todo el reino con largos comentarios (1).

Se hacia correr la voz de que una parte de las tropas imperiales vendrian hasta Madrid para llevar á efecto las intenciones generosas que el emperador habia mostrado de sostener al príncipe Fernando, y que tal vez vendria en persona para tratar con Cárlos IV y reducirle á separarme de su lado y á extrañarme de sus reinos.

Otros añadian mas, y procuraban consternar

(1) Las cartas de Maserano, y las de varios españoles y franceses que escribieron desde Paris en el mismo sentido, fueron las unas con fecha del día 12, y las otras con fechas posteriores. No hubo entre tanto ninguno que pudiese ni que debiese contar las conferencias tenidas luego con Izquierdo, en las que en menos de tres dias se desvanecieron las iras teatrales del emperador de los franceses. De esta suerte quedaron siempre reinando las grandes impresiones que causaron aquellas cartas, sosteniéndose mas y mas, y adquiriendo mas valor por muchas otras especies análogas salidas de la embajada francesa.

los ánimos, haciendo susurrar que Bonaparte nos haria la guerra si Cárlos IV se obstinaba en conservarme; y ora citando cartas que decian venir de Francia, ora apuntando especies que afirmaban proceder en derechura de la boca misma del embajador Beauharnais, ora dando por prueba las nuevas divisiones que llegaban á Bayona, hacian creer y acreditarse estos temores, y á mí me divulgaban como la piedra de tropiezo, contra la cual habia un peligro grande é inminente de romperse la alianza y la amistad de España y del imperio.

Ni era bastante á la faccion que propalaba estas especies, soliviantar en contra mia hasta los ánimos mas tibios, sino que á mas, para excitar con mayor fuerza á Bonaparte á realizar las esperanzas que tenían de que viniese á derribarme, hacian contar en la embajada y escribian á Francia, que andaba yo buscando para sostenerme la proteccion de los Ingleses, que habian ido agentes míos á Gibraltar y á la Inglaterra para abrir pláticas de paz y de alianza, y que la España, á pesar suyo, estaba al canto de empeñarse en una guerra con la Francia, guerra incendiaria que podria excitar de nuevo las viejas coaliciones y dilatar las paces generales, puesto que Cárlos IV, mientras me hallase yo á su lado, cerraria el oido á todo otro consejo. Esta fué otra manera de llamada con que la faccion traidora, no contenta con la carta tan explícita que habia logrado ya un mes antes que escribiese á Bonaparte el

príncipe Fernando poniéndole en sospecha la conducta de su padre, como de un hombre rodeado de infieles consejeros enemigos de la Francia, volvió á la carga nuevamente y con mas fuerza para incitar al ambicioso emperador, no solo contra mí, mas contra el rey y la reina, y conseguir por medio suyo el principal objeto que llevaban de hacer subir al trono al príncipe Fernando, ponerle la coyunda, y gobernar el reino en nombre suyo como despues fué visto y se ha llorado tanto tiempo.

No omitieron tampoco aquellos malos hombres otro medio de alucinar al pueblo castellano, cual fué el de difundir y acreditar por todas partes, que el emperador habia intentado hacer mas firme su alianza con la España, proponiendo una princesa de su casa para el príncipe de Asturias; pero que Carlos IV se habia opuesto por consejo mio queriendo violentarle á desposarse con la hermana de mi esposa (1). Tenian en tanto buen cuidado de callar la peticion que tenia hecha á Bonaparte el príncipe Fernando, secreto que guardaron tanto tiempo quanto estuvo en sus manos que España lo ignorase. Importábales solamente hacer creer por todo el reino que iba yo á ser la causa de un rompimiento con la Francia y de una guerra desastro-

(1) En el capítulo anterior dejé explicado largamente cual fué el origen de esta especie, y de qué modo usaron de ella para alucinar al príncipe de Asturias.